to Fray Juan Pérez abre la puerta, pero otro de los frailes, Antonio de Marchena[3], cosmógrafo y «astrolabista» además de ex confesor de la Reina, posee todos los libros con los que Colón ha soñado, comenzando por los *Viajes* de Marco Polo. Colón confiesa haber viajado mucho y llegado incluso a Tule (el norte de Groenlandia). Ha estado en Portugal. Los lusos ya han abierto muchas rutas pero para llevar a la práctica su teoría solo necesita hombres y naves.

Fray Antonio le propone dirigirse a la corte y exponer sus proyectos. La reina aparece por primera vez a caballo, en ruta al campamento donde se halla el Rey Fernando (José Suárez). El primer encuentro con Colón tiene lugar en el hospital donde yacen los soldados heridos en las últimas batallas contra los moros. La reina acoge a Colón con benevolencia.

Luego los años de espera, las reuniones de sabios y letrados, la intervención de Isaac el banquero (un magnífico Manuel D.Luna), el baile en un mesón donde Colón conoce a Beatriz (Mery Martin).

A diferencia de otras películas sobre Colón, en *Alba de América*, todos los lugares comunes dejan de serlo tal vez por estar enfocados (es la palabra que cuadra) desde ángulos diferentes, o por la magnífica música de fondo (de Juan Quintero), o por el montaje o por la escenografía y el vestuario, realmente fastuosos, o por la perfección del guion o simplemente por el genio o la pericia de Juan de Orduña que los críticos nunca han querido ver.

Como en muchas películas españolas filmadas entre 1948 y 1952, no faltan los ataques contra Francia, que, durante el bloqueo general de España, se presenta como la enemiga acérrima. El representante del infierno físico y moral de Francia es el gallardo y arribista Gaston d'Armagnac (Eduardo Fajardo) que ha viajado en las naves corsarias de Francia y que ahora es perseguido por la justicia de Génova.. D'Armagnac está a punto de envolver a Colón en sus manejos, pero no llega a lograrlo.

Finalmente se puede realizar el viaje, a pesar de las reticencias de la Reina frente a las exigencias de Colón: títulos de nobleza y el diez por ciento de todas las riquezas que se hallen. Pero Pinzón interviene en favor de Colón. Destaca que el marino será el portador de la palabra de Cristo entre poblaciones que no están esperando otra cosa.

[3] *Nótese que por primera vez hay un desdoblemiento en la denominación de los frailes, pero tratándose de una película española cuyo guión se escribió con todo el asesoramiento histórico necesario, pensamos que lo que dice y muestra el filme no puede no ser cierto.*

Fin del *flash back* que ha durado más de una hora. Los navegantes ven flotar palos labrados y observan el vuelo de unas gaviotas. Después del desembarco en una isla que bautiza San Salvador, Colón piensa en la Reina. Tras un fundido, la acción prosigue en la corte de España. Colón ha vuelto y se presenta ante los reyes con algunos indios. Es un momento glorioso que pone fin a la película.

Después de *Alba de América*, el cine dejó reposar la epopeya de Colón durante cuarenta años. Sin embargo, además de un telefilme español realizado en 1968 con Francisco Rabal como Colón, hubo dos películas que soslayaron el tema. Una de ellas fue *El paraíso ortopédico* que el chileno Patricio Guzmán filmó en España en 1969. Guzmán, muy marcado políticamente, realizó una serie de cortos y mediometrajes a la gloria de Allende y otros tantos en oprobio de Pinochet. En *El paraíso ortopédico*, que dura 38 minutos, Guzmán trata el tema desde un punto de vista sociológico y analiza las actitudes de los españoles y sus repercusiones en los habitantes de América.

La segunda película es una producción venezolana de 1984: *Orinoko* [con k], *nuevo mundo*, Realizada por Diego Rísquez, aparecen en ella personajes reales o imaginarios como Colón (encarnado por Rolando Peña), Walter Raleigh, Alexander von Humboldt, «el misionero» o la india América.

En 1992, para conmemorar los 500 años del descubrimiento de América, se filmaron dos superproducciones sobre la odisea de Colón. Entre 1951 y 1992 habían transcurrido más de cuarenta años y el cine había evolucionado. Se trataban temas a los que antes ni siquiera se aludía y se decían cosas otrora impensables. Pero, a su vez, dejaron de tratarse ciertos temas por no ser políticamente correctos. De todas maneras, hubo como antes películas buenas y películas malas.

La primera de ellas fue una coproducción entre Inglaterra, Francia y España: *1992: Conquest of Paradise*, dirigida por Ridley Scott. Colón está encarnado por Gérard Depardieu, un actor discutible pero de una personalidad certera y su retrato del almirante no deja que desear.

Al principio vemos a Colón pedir asilo en la Rábida con dos de sus hijos, Diego y Fernando, pero no será Fray Pérez de Marchena (Fernando Rey) el que servirá de enlace con la Reina sino un banquero judío. Si Angela Molina está correcta en el papel de Beatriz, Sigourney Weaver, con escotes exagerados y la cabellera suelta, más parece una

cortesana inglesa de la época de Carlos II que una reina católica y recatada como la que nos ha legado la historia.

La película, ligeramente anticlerical, contiene escenas memorables y espectaculares tal como el transporte de una pesadísima campana de bronce a la torre de la primera iglesia construida en el nuevo mundo, pero en la segunda parte, el director Ridley Scott, fiel a su estilo, se complace demasiado en largas escenas de crueldades y destrucción.

La segunda película, menos lograda que la primera, es la producción norteamericana *Christopher Columbus: The Discovery*, dirigida por John Glen. Encarna a Colón Georges Corraface, un buen actor francés del cine y la televisión griegos. En el filme, a diferencia de los otros relatos sobre el descubridor, ocupa un papel importante la Inquisición que, ofendida por las opiniones no convencionales de Colón, querría enviarlo a la hoguera, con el beneplácito del Gran Inquisidor Torquemada, encarnado por Marlon Brando. Pero la inteligencia y la lógica de Colón se imponen y como mientras tanto los reyes católicos (Rachel Ward y Tom Selleck) han solucionado sus problemas políticos, la conquista del nuevo mundo puede iniciarse. La película concluye con el retorno a las cortes de España después del primer viaje. Colón es festejado como un verdadero héroe popular.

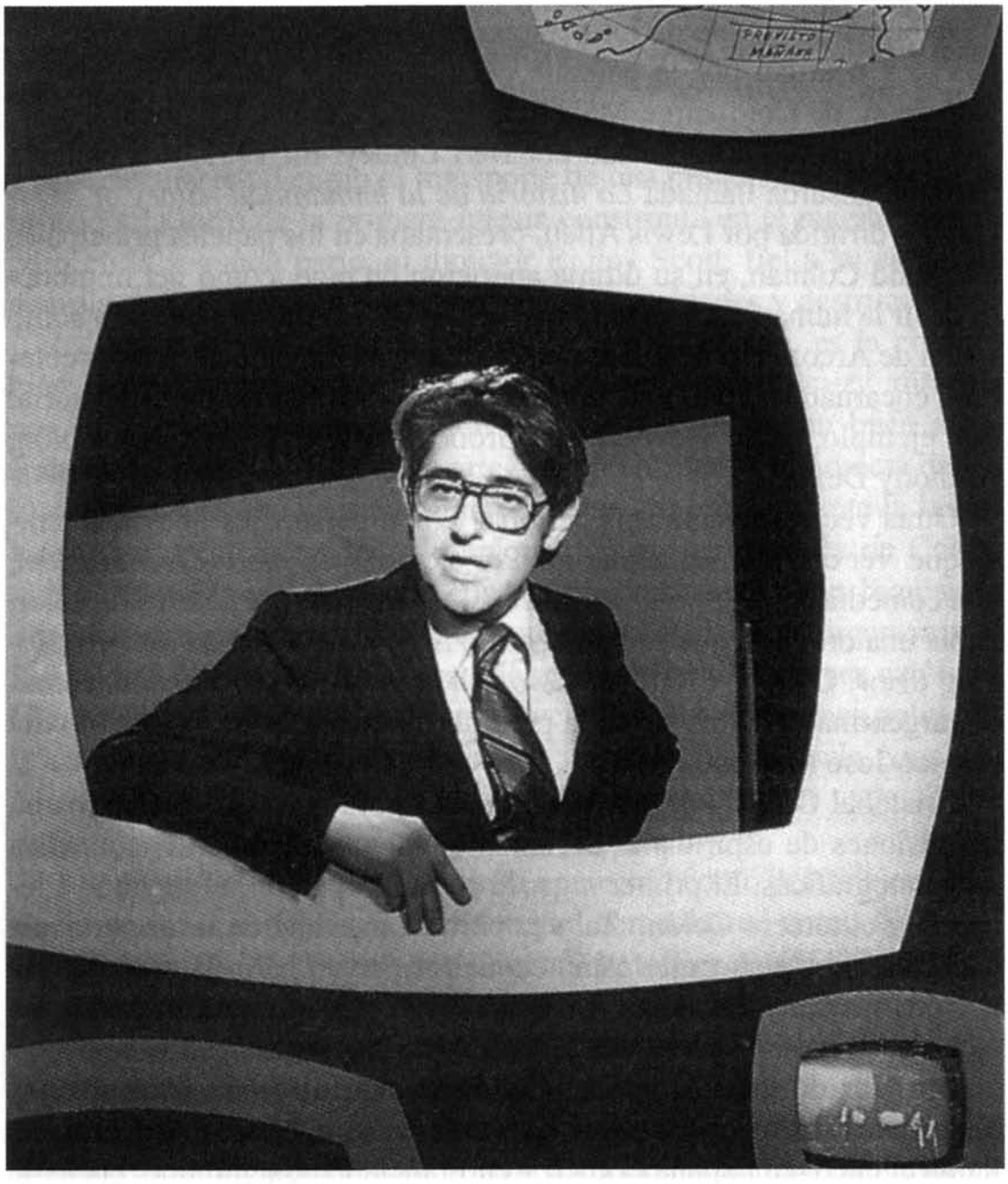
A lo largo del siglo XX, Colón ha aparecido como personaje secundario en varias películas. A veces fueron comedias tal como *Where do We Go from Here?*, dirigida por Gregory Ratoff en 1945. Fred McMurray, deprimido porque la marina y el ejército lo han rechazado (es la época de la Segunda Guerra Mundial), encuentra a una especie de Aladino que posee una lámpara mágica y que le permitirá cumplir sus sueños de defensor de la patria. Pero el mago no tiene mucho oficio y McMurray se ve transportado a diversos momentos clave de la Historia. En una de la secuencias, es un marino de Cristóbal Colón que está encarnado por el actor y cantante catalán Fortunio Bonanova, el cual, a partir del *Ciudadano* de Orson Welles, actuó en Hollywood a razón de tres o cuatro películas por año durante la década del 40. Bonanova canta estentóreamente la canción *Columbus*, escrita especialmente para el filme por Kurt Weil. Canta apoyado en la proa de la *Santa María* que pronto habrá de tocar tierra en la isla de Manhattan (sic). Otras veces Colón aparece en un contexto serio, tal como en la película norteameriucana *Are We Civilized?*, dirigida por Edwin Carewe en 1934. El filme hace alusión al ascenso al poder de Hitler así como a una posible segunda guerra mundial. En un discurso sobre la historia

de la humanidad, uno de los personajes aboga contra los gobiernos de fuerza y desfilan por la pantalla personajes que van de Jesucristo a Napoleón, de Confucio a Mahoma, de Julio César a Cristóbal Colón, que esta vez fue interpretado por Bert Lindey. En 1957, una película bastante absurda llamada *La historia de la humanidad –Story of Mankind–* y dirigida por Lewis Allen, presentaba en los papeles principales a Ronald Colman, en su última aparición en cine, como «el hombre» es decir la humanidad, y Hedy Lamarr en su penúltima aparición como Juana de Arco. Pero desfilaron en el filme una pléyade de actores célebres encarnando a las más conspicuas personalidades de la Historia. Por ejemplo, Isaac Newton era Groucho Marx, y Cristóbal Colón, Anthony Dexter.

Otras veces se llamaban Cristóbal Colón personajes que nada tenían que ver con el insigne marino. Por ejemplo, en *Moon Over Harlem*, una comedia de 1939 interpretada exclusivamente por actores de color, había una orquesta que se llamaba *Christopher Columbus and his Singing Crew*. O bien, *Cristóbal Colón en la facultad de medicina,* comedia argentina de 1962, dirigida por Julio Saraceni para lucimiento del cómico José Marrone.

Cristóbal Colón, por otra parte, es la figura que más se encarna en las sesiones de espiritismo de innumerables (y mediocres) comedias cinematográficas. El primer lugar lo ocupa Napoleón, el segundo Cleopatra y el tercero Colón. Tal vez porque, más allá de su importancia histórica, esos personajes están envueltos por un halo de ridículo. Tal vez por sus atuendos, o por sus actitudes, o por las situaciones que les tocaron vivir.

Después de todo, Cristóbal Colón ha sido utilizado para muchos menesteres incluso para hacer las veces de lo que en la Argentina se llama el cuco, en España el coco y en Francia Croquemitaine. Da fe de ello el que escribe estas líneas. Cuando tenía uno o dos años le causaba pavor un aguafuerte que colgaba del muro del despacho de su padre. Preguntó quién era ese ser que tanto lo asustaba y le respondieron «Cristóbal Colón». Cuando el niño se portaba mal, era amenazado con que Cristóbal Colón iba a venir para llevárselo. Y el terror duró más de dos años.



Ignacio Amestoy